

que utiliza la imaginación hasta rozar el disparate para luchar y vengarse contra lo convencional establecido, aunque admita que el imperio del poder es necesario para que la propia lucha que engrandece la imaginación tenga fecundidad y sentido.

Lo que acabo de decir puede ser una explicación de los brotes surrealistas, algunos de ellos hubieren dejado perplejo a Apollinaire, en el fascismo italiano y también, aunque con menos abundancia, en el III Reich.

Desde un punto de vista que a Apollinaire le hubiere interesado sobremanera, dada la fijación erótica que le embargó durante ciertos períodos de su vida, el proxenetismo formaba parte de la imaginación contra el poder total y es cierto, por lo menos algunas estadísticas que parecen veraces así lo dicen, que a ocultar y en el seno sobre todo de las organizaciones políticas totalitarias, el proxenetismo abundaba. Pero no como un desahucio nacido de la abundancia de poder, sino como una lucha análoga a la que produjo el surrealismo contra la presión absoluta abominable del poder político total. Cabe pensar cuántas veces en las orgías más o menos discretas de los servicios especiales de la organización político-militar alemana no sería en última instancia la imagen de Hitler la manchada y físicamente vituperada.

Algo de esto intuyó el genio en cierto modo prematuro de Apollinaire en aquel relato del soldado que se masturbaba en las trincheras antes de entrar en acción. No hay esfuerzo imaginativo que expresa la gigantomanía el que no esté por necesidad incluido al surrealismo como una exigencia de lo pequeño.

O aun así que la mentira absoluta, que es la absoluta objetividad, arrastra a la pequeña mentira, que es la absoluta subjetividad psíquica, y se establece la dialéctica que Apollinaire previó entre la totalidad y la parte en la que la parte intenta desgarrar el todo. Y viene a la mente una frase de Hegel que quizá Apollinaire, lector voraz e infatigable, leyera: "En la esencia está el destrozado". ■ E. T. G.

La nueva postura

A Pilar Miró le han secuestrado su "Crimen de Cuenca", haciendo dos veces bueno el aforismo que quiere a Naturaleza en perpetua carrera detrás de las artes. Pasarán los días, pasarán las semanas y año llegará en el que parejos burócratas a los sensitivos que hoy dijeron digo digan Diego. La película de Pilar Miró, entre tanto, habrá estado ausente de nuestras pantallas, habrá inducido vanas fantasías centroeuropeas sobre las formas salvajes que libera la muerte de un dictador y entrará a formar parte, con la modestia de las cosas sacadas de quicio, en esa galería de los atentados a la li-

bertad y en aquellos otros laberintos donde el eco repite que la justicia humana, además de frágil, carece de virtudes reparadoras. Todo lo cual, en definitiva, es el tema de la película. Por donde a la postre resultará que la vida, al copiar del arte, copia de la vida, reflexión que brindo a los empecinados en hablar chino mandarín.

Pocos días antes de que "El crimen de Cuenca" pasara a morar en el limbo del Festival de Berlín, un coche "Z" de la Policía se plantaba ante el portal de Luis Martínez Ros y, con la delicadeza pertinente, transportaba poco después al editor de "El Libro Rojo del Cole" a un Juzgado. De allí saldría Luis Martínez tras haber depositado, en calidad de fianza, la quisicosa de medio millón de pesetas en especie. Lo cual indica a su vez que, se diga lo que se quiera, el pellejo de un rojo alcanza aquí todavía cotizaciones moderadas.

Ambos sucesos ocurrían en vísperas de la celebración de los carnavales, acontecimiento liberador que ha llevado a dictar minuciosos bandos de orden público, no fuera a ser que el maligno se nos colara de nuevo por estas expansiones. Pero, en fin, si aludo a las circunstancias es sólo porque la primera reflexión que se me viene a las mientes consiste en que, dada la vecindad de tan descoyuntadas fechas, lo que ambas medidas represivas indican es su carácter sucedáneo, ya que tanto la prohibición del libro como la crianza en incubadora de la película o el procesamiento habrían venido a sustituir a los manteos que de buena gana se les habría dado a la realizadora y al editor, uniendo así lo agradable de recuperar una tradición perdida y lo útil de bajarle los humos a un par de desgraciados. En cualquier caso, y aun aceptando la condición simbólica de lo sucedido a uno y otro personaje, lo que está claro es que nuestra derecha, mientras nos consentía enterrar de nuevo a la sardina, desenterraba el hacha de la guerra. Para que sepamos a qué atenernos.

Todo lo cual, si bien se mira, puede llevar a más de uno a deducir que nuestro aparato de poder aprendió ya algunos modales. Pues entre las delicadezas citadas y el destierro a Gorki media un abismo. Ni a Pilar Miró ni a Luis Martínez Ros nos los deportaron ni les vigilan el te-

léfono ni les abren la correspondencia. Pueden circular, si que un tanto desarbolados y obtusos, por donde les pete: la una, a la busca de las razones que impiden mostrar un error judicial de principios de siglo, y el otro empecinado, me temo, en ponerle la vista encima a ese Dorian Gray que es todo niño envenenado por un libro implo. Pero en Gorki no están, repito, que si allí estuvieran, ya andaríamos todos llorando a moco tendido, pues nada arranca tantas lágrimas en estos días como los largos viajes forzados a la estepa.

Resulta reconfortante que ni el editor de "El Libro Rojo del Cole" ni la realizadora de "El crimen de Cuenca" fueran deportados. No, en cambio, que nuestra izquierda haya mantenido frente a tan venturoso desenlace la actitud propia de quien, sabiendo dónde vive, se dispone a disfrutar con los festejos de la temporada. Porque ni hubo presiones eficaces para que la película de Pilar Miró pudiera cumplir con los españoles antes que con los berlineses ni, en lo tocante al señor Martínez Ros, se ha hecho cosa distinta de bajar por la cuecaña. Si las explicaciones iniciales de la concejal a quien se le vino encima la ignominia del panfleto enseñaron la saludable oreja del choteo, pronto llegó el comedimiento, y en tal tesitura, la más alta autoridad de la Villa se salió con un "no es esto", que, como le ocurre siempre a las segundas partes, resonó a muy servicial "aquí no volverá a ocurrir". Lo cual le valdrá a tan alta autoridad los mismos votos que el crucifijo colocado a su diestra el día de la jura del cargo. Pocos, sospecho.

En suma, a lo que voy es a lo sabido: que los jóvenes lobos del franquismo tiraron sus disfraces mientras nos consentían el carnaval —y no sólo el que cae por febrerillo el loco—, y que así poco camino nos cabrá hacer. Estamos hartos de saber que siempre habrá un "Libro rojo" cuando se discuta una ley que pretenda perpetuar los privilegios adquiridos; y que siempre podrá musitarse el nombre de algún príncipe de la milicia para meter bajo llave unos rollos peliculeros. También estamos hartos de saber que tenemos una derecha cerril, empeñada en confesar y comulgar antes de atacar al hombre. Por fortuna, tanto Pilar Miró como Luis Martínez Ros han sido víctimas en el frente incruento donde no operan los descendientes de la partida de la porra. Pero si esto es sabido, como lo es también la capacidad de esa derecha para perder los estribos, lo que no se comprende es la flema como arma de combate. Por sí sola, esta muchachada que arengan gentes como el señor De la Cierva no va a cambiar. No digo que sea un tigre de papel. Pero o se le da algún tantarantán o los que terminaremos de papel, y además desteñido, seremos los de siempre. Todo un disfraz para los carnavales que nos aguardan. ■

CARNAVALES

ISAAC MONTERO